

---

## CAPITULO XXXVI.

---

ALTERACION DE LOS MEXICANOS: RETIRADA DE NOCHE  
DE LOS CASTELLANOS DE MÉXICO: BATALLA  
FAMOSA DE OTUMBA: CORTÉS ENTRA VICTORIOSO EN  
TLAXCALA: CASTIGO DE LA REBELION DE TE-  
PEACA, Y VUELVE A TLAXCALA:  
AÑO DE 1520.

Después de la muerte de Moctezuma, los principales de la nación mexicana eligieron nuevo emperador, llamado Cuitlahuatzin, Rey de Ixtapalapa, que vivió pocos días, pero no quiso á los principios de su nuevo gobierno seguir los términos pacíficos de su antecesor, sino continuar la guerra para hacerlo más plausible. Viendo Hernán Cortés que los mexicanos no querían admitir treguas, y que con gran furor acometían de día y de noche, no valiendo para contener á tantos

enemigos el esfuerzo de sus españoles y tlaxcaltecas, determinó desamparar á México y salir de noche sin que fuese sentido de los indios: apenas acabó de pasar su ejército el primer tramo de la calzada, que se halló acometido á la media noche por todas partes de infinitos indios. Pereciera sin duda todo el ejército de Cortés en la travesía de la calzada, rotos los puentes y cercada de innumerables canoas de indios armados, si éstos hubieran guardado buen orden en el pelear y acometer. La resistencia de los nuestros fué grande y crecido el destrozo de los indios; pero había que vencer un paso muy peligroso, porque habían tenido cuidado los enemigos de romper el principal puente levadizo de la calle de Tacuba en la union que formaba con la calzada de Ixtapalapa. Allí cargó el grueso del ejército mexicano; y como no podía hacer sus evoluciones la caballería, y apoyar con acierto la retirada de los españoles, fué considerable el fracaso de los cristianos, y Cortés que había obrado con valor y inteligencia no pudo ménos que retirarse con lo que pudo recoger de su retaguardia, y llegándose á incorporar con él Pedro de Alvarado pasó finalmente con poca ó ninguna oposicion el último tramo de la calzada. Aquí fué donde le valió á D. Pedro de Alvarado su gran ligereza que le dió la vida, porque hallándose acometido por todas

partes, muerto el caballo y una acequia espaciosa enfrente, fijó su lanza en el fondo de la laguna y saltó con ella de la otra parte con grande admiracion de los que lo vieron, así españoles como indios: autorizó la fama este atrevido suceso, dando á conocer aquel sitio con el nombre de Salto de Alvarado, que fué á la entrada de la Tlaxpana; y en el dia, aunque está la acequia más reducida, no se deja de admirar, considerando la distancia que podia haber entónces, tan monstruoso salto, que con su ejemplo probaron otros castellanos, ahogándose algunos y otros saliendo del agua con dificultad. Esta rota sucedió por el año de mil quinientos veinte á principios del mes de Julio.

Con grande trabajo salió el ejército español á tierra, y se hizo alto cerca de Tacuba, donde se pudo recoger algunos españoles y tlaxcaltecas que mediante su valor escaparon del furor del enemigo. Súpose que habian quedado muertos en esta accion ciento y cincuenta soldados y algunos cabos principales, y que los mexicanos se habian llevado cuarenta prisioneros que fueron sacrificados, y que ciento que se habian fortificado al abrigo de un templo y hecho una valiente resistencia por tres dias consecutivos, habian cedido á la fuerza, muriendo de hambre los más, y algunos fueron experimentando igual suerte que os sacrificados. Perdióse todo el bagaje, todo el

oro que llevaban los castellanos, y el mayor dolor fué hallarse sin artilleria. El único consuelo que le quedó á Hernan Cortés y para todo el ejército entre tanta afliccion fué, que pudiesen escapar de la batalla y de la confusion de aquella noche triste sus dos fieles intérpretes, Marina y Gerónimo de Aguilar, mucho más necesarios entónces para salir con los designios de volver á la capital con otras naciones de indios que por su medio era forzoso atraer. Siguió el ejército su marcha inquietados con frecuentes y porfiadas escaramuzas de indios, pero rechazados con vigor, hasta que al amanecer descubrió Cortés, como vigilante capitán, una elevacion de terreno que dominaba la campaña, sobre cuya eminencia habia un edificio que era una especie de santocale ó adoratorio. Trató de ocupar este sitio tan ventajoso, y consiguió su intento con felicidad. Respiraron los españoles al abrigo de aquel templo para salir de un conflicto en que se tuvo á la vista el último riesgo, que se llamó de la Victoria, y despues se fabricó una ermita de Nuestra Señora con el título de los Remedios, que se conserva el dia de hoy, siendo la soberana Señora de los Remedios el consuelo de la gran ciudad de México en todas sus aflicciones y calamidades. Más hubieran padecido nuestros españoles en esta retirada infeliz, si no se hubieran ocupado tanto los indios en robar á los muertos

y los principales de ellos en llorar los hijos de Moctezuma, y tributarles la especie de adoracion que dieron á su padre, haciéndoles las exequias con la pompa y ceremonia que ellos acostumbran con sus Reyes difuntos. Resolvió Hernan Cortés, con el parecer de sus capitanes, que convenia para la seguridad de su ejército adelantar la marcha sin más detencion que la que fuese necesaria para dejar algunas horas al descanso de la gente. Partió el ejército á la media noche, y fué sentido de algunas tropas de indios escondidos en las malezas que no dejaron de contradecir la marcha, pero infructuosamente, porque iba con el recato conveniente. Salió despues de haber roto varias emboscadas para Tepotzotlan, pueblo grande, situado en un país fragoso, y por su esterilidad se dejó sentir en aquellos tránsitos la hambre y la sed con harta congoja de los soldados, que se animaban unos á otros; y caminando adelante, esforzando la paciencia y el valor, fueron socorridos con los víveres que les franquearon los lugares circunvecinos á un cerro que por la otra parte declinaba al Valle de Otumba. Se trató de subir la cuesta para tomar la vuelta de Tlaxcala, y al vencer la cumbre se descubrió un ejército poderoso de como doscientos mil hombres, que llenaba gran parte del Valle; último esfuerzo del poder mexicano. Venian infinitos indios vestidos

de blanco y muy engalanados con sus plumajes, de modo que parecia el campo nevado. Esta vez se tuvieron los castellanos por acabados, y los más animosos lo confesaron; pero Cortés que reconoció la nueva dificultad á que debian prepararse, animó á sus soldados dispuestos á acometer con la generosa resolucion de vencer ó morir.

Espanoles y tlaxcaltecas dieron el avance con el mayor impetu, siendo tantos los escuadrones de los bárbaros que peleaban con tal obstinacion, que llenaban el puesto de los que morian, y se iba cebando sin cesar la batalla con gente de refresco. Nuestra caballeria apoyó con acierto la infanteria, porque con el choque de los caballos que temian, rompiendo y atropellando la infanteria escuadrones enteros espada en mano, nuestros soldadós mataban con eleccion los que les parecian capitanes, y hacian una carniceria grande en los demas indios enemigos. Aunque Cortés con mucha diligencia acudia á todas partes, y sus capitanes hacian excelentemente su deber, ya cuidadoso por la porfiada resistencia de los bárbaros y viendo que era imposible vencer á tanta multitud de enemigos con el corto número de sus soldados, reflejó por lo que habia oido decir, que toda la suma de la batalla de los mexicanos consistia en el Estandarte Real, cuya pérdida ó ganancia decidia la victoria; determinó

ganar aquella insignia á costa de cualquier riesgo: arrojóse con grande intrepidez, siguiéndole un cuerpo de tropa escogida; y llamando al glorioso Apóstol Santiago, y á su abogado San Pedro, cabeza de la Iglesia, dió de los piés á su caballo y acometió al escuadron de los nobles mexicanos que asistian el Estandarte del imperio; y entretanto que su tropa castellana desembarazaba la guardia numerosa de indios que tenia el que le llevaba en unas andas, que era el general de los mexicanos, llegó á él, y al primer bote de su lanza cayó mal herido, y Juan de Salamanca acabó de quitarle la vida cortándole la cabeza, y quitándole la bandera imperial la puso en manos de Cortés. Los indios luego que vieron á los castellanos apoderados del Estandarte Real, arrojaron las armas y se fueron retirando confusos y atemorizados dejando la campaña á los nuestros. Siguióse la victoria con todo el rigor de la guerra, y se hizo sangriento destrozo de los fugitivos: mataron segun se pudo entender veinte mil indios: hubo algunos muertos de los nuestros y heridos, y el mismo Cortés salió con un golpe de piedra en la cabeza, tan violento, que le abolló el casquete, pero no fué de consecuencia. El despojo fué muy rico y grande, porque los mexicanos venian adornados de sus mejores galas y joyas, como seguros del triunfo. Fué muy memorable

y señalada esta victoria, la que se consiguió, despues de Dios, por el valor de Cortés y su buena disposicion en las operaciones de los españoles y tlaxcaltecas.

Convienen todos los historiadores en que ésta fué una de las mayores que se consiguieron en las dos Américas, y por mucho tiempo se tuvo por el mejor blason de las armas españolas esta victoria de Otumba. Con este feliz suceso pudo Hernan Cortés marchar sin contradiccion á Tlaxcala, donde fué recibido con el mayor aplauso de la República: esta entrada fué á últimos de Julio de este año de mil quinientos y veinte; pero quando más se esmeraban los tlaxcaltecas en festejar á los españoles victoriosos, agravóse la herida que recibió Cortés en la cabeza, y le puso en términos que se llegó á temer el peligro de su vida. Sentian los españoles en gran manera este contratiempo, y los tlaxcaltecas manifestaron en esta ocasion cuánto lo estimaban, pues luego cesaron sus fiestas, y los Senadores de la República llamaron los médicos más afamados de sus contornos para que le curasen á su modo, y éstos lograron con sus yerbas restituirle la salud. Repugnaba de ordinario la medicina racional con el modo de curar de estos empiricos; pero como la medicina es una ciencia muy oscura, todos los empiricos reconocen los mismos principios, que

solo el estudio, la experiencia y el perfecto conocimiento de los simples, da el acierto; y los indios en esta materia son bastante adelantados, aunque lo más seguro es no ponerse en sus manos sino en un estrecho caso, puesto que en la aplicacion de sus yerbas se valen de muchas supersticiones y hechicerías á que son muy inclinados.

Conoció Hernan Cortés, por otra circunstancia, el afecto sincero que le tenían los tlaxcaltecas, pues no quisieron admitir las ventajosas proposiciones del nuevo Emperador mexicano con la condicion de que le ayudasen á destruir de una vez á los españoles, y prosiguieron con lealtad en proporcionarle los socorros necesarios á aquel gran capitán para que llevase á feliz término la conquista de México.

Aun no estaba del todo curado Hernan Cortés de su herida, despues de haber estado en Tlaxcala unos veinte dias, y pensó ir contra los indios de Tepeaca, provincia que parte términos con la de Tlaxcala y Cholula, por haber muerto á unos doce españoles que venian de la Vera-Cruz para Tlaxcala, y por saber de cierto que estaba sospechosa la fidelidad de los tecpanecas, con la circunstancia de haber entrado en confederacion con los culúas para mantener la traicion. Novedad que hizo necesario el empeño de sujetar á aquellos re-

beldes; y tanto más, que estaba situada esta provincia en paraje que dificultaba la comunicacion de México con la Vera-Cruz, paso que debia quedar libre y asegurado ántes de intentar otras empresas. Requiriólos Cortés con la paz, á que respondieron con gran soberbia; pero con ocho mil tlaxcaltecas escogidos y cuatrocientos españoles, incluso sus respectivos capitanes, marchó contra ellos, y fueron vencidos los tecpanecas, cediendo los mexicanos auxiliares todo el país. Pelearon los indios de Tepeaca muchas veces con nuestras tropas; y dejando varias particularidades de esta guerra, por evitar mayor prolijidad, en todos los encuentros fueron desbaratados los enemigos, y fueron infinitos indios tecpanecas pasados á cuchillo, sin que en toda esta guerra nos matasen ni hiriesen un español. Tan atemorizados quedaron estos indios, que vinieron á rendir su ciudad, pidiendo cuartel y dándose á la discrecion ó á la clemencia de los vencedores. Perdió el enemigo la mayor parte de sus tropas en esta guerra, y el despojo fué considerable. Siendo esta provincia grande y de mucha extension, en el espacio de veinte dias quedaron pacificadas muchas poblaciones sujetas á la villa de Tepeaca. El dia siguiente á la última accion decisiva se hizo la entrada en Tepeaca, y mandó luego Hernan Cortés que los intérpretes aclamasen al

Emperador D. Carlos, y publicasen en su nombre amnistia general; y en consideracion á que si se dejaba esta provincia bajo el mismo pié en que ántes se hallaba, el señorío de Culúa que está confinante volveria á inducir á los naturales de la tierra á que se levantasen y rebelasen otra vez, para precaver este peligro y asegurar el paso de Vera-Cruz, se levantó una fortaleza para sujetarlos, y en el paraje conveniente se fundó una villa, á la que Cortés dió el nombre de Segura de la Frontera, que fué la segunda poblacion española en la Nueva-España. Hoy esta villa no conserva el nombre de Segura, sino el antiguo de Tepeaca. En aquellos parajes de esta provincia donde fueron castigados los naturales y hechos esclavos por fuerza de armas, ordenó Cortés que fuesen llevados con los prisioneros mexicanos á Tlaxcala, y conforme se habia visto en aquella tierra se herraron y vendieron como esclavos, aplicando una parte á su ejército y la otra á la República de Tlaxcala, sacando primero el quinto que pertenecia al Rey. Abuso y falta de humanidad, que tuvo su principio en las Islas donde se practicaba ya este género de terror contra los indios rebeldes; pero que remediaron nuestros Reyes Católicos, ordenando que fuesen tratados como prisioneros y restituidos á su libertad, segun las circunstancias de la guerra. Resolucion conforme

á la razon y á las leyes de la religion y de la humanidad.

Sosegada la rebelion de Tepeaca, envió Hernan Cortés diferentes capitanes con número competente de tropas para reducir ó castigar á algunos pueblos desobedientes; y como habia determinado dar cuenta al Rey de todos los sucesos de su conquista, porque desde diez y seis de Julio del año de mil quinientos diez y nueve que habia enviado sus procuradores Alonso Hernández Portocarrero y Francisco de Montejo, con particular relacion de todo lo sucedido hasta aquella sazón, por falta de navios y por estar tan ocupado en la conquista, no habia podido enviar otra relacion de lo que despues habia ejecutado en beneficio del Rey, trató de informar á su sacra majestad de cuanto le sucedió desde que salió de Vera-Cruz hasta Tlaxcala, de las victorias que consiguió contra las armas de aquella República, la confederacion tan ventajosa que hizo con ella y con otras, su viaje á México y la desdichada salida de aquella ciudad, la gran victoria de Otumba y cuanto premeditaba para conquistar la capital del imperio mexicano, intentando sujetar y pacificar las provincias circunvecinas de México; y en fin, de cuanto habia acaecido de más singular, como la prision de Moctezuma, su muerte, pérdida del tesoro, memorias y libros de la

Real hacienda, achacando estos desastres á la guerra que tuvo que emprender contra Pánfilo de Narvaez, á quien no habia podido atraer á ningun avenimiento de paz; motivo por qué lo tenia preso en la Vera-Cruz, pidiendo gente y pertrechos, con la confianza de concluir una conquista tan importante. Ya tenia concluida esta relacion, fecha en la villa de Segura de la Frontera (á treinta de Octubre de mil quinientos veinte), y con treinta mil pesos de oro habia despachado á Alonso de Mendoza; pero por varios acontecimientos no pudo éste salir con estos despachos de la Nueva España, hasta cinco de Marzo del año siguiente de mil quinientos veinte y uno.

Estando Hernan Cortés extendiendo esta relacion, y en esta sazon, murió el Emperador que sucedió á Moctezuma en la corona, llamado Cuiclahuatzin, señor de Iztapalapa, y fué elegido en su lugar Cuauhtimotzin, sobrino y yerno de Moctezuma, el cual, á diferencia de su antecesor, se aplicó mucho al gobierno de los pueblos, haciendo grandes prevenciones para apartar de sí una nueva empresa de parte de los españoles en su capital, y para impedir la reunion de los tlaxcaltecas y demás provincias confinantes. Tenia este nuevo Emperador treinta mil mexicanos de guarnicion en las ciudades fronterizas de Tlanquechula y Izucan, que miraba como antemurales de

su imperio. No pudiendo sufrir el señor de Guaca-chula las insolencias de los mexicanos, quienes no contentos de comerles á sus vasallos cuanto tenian, les tomaban á sus mujeres y les hacian otras vejaciones, envió un mensajero á Cortés para que le manifestase los agravios que recibia de parte de los culúas; y que como temia mucho á su señor natural Cuauhtimotzin, no habia podido excusarse de admitir sus tropas mexicanas y de ayudarle en sus prevenciones; pero que, como su ánimo habia sido siempre el ofrecerse por vasallo del Rey de Castilla, le suplicaba le perdonase lo pasado, y le prometia que le dejaria entrar en su ciudad por parte que no fuesen sentidos sus soldados, y estaba prevenido con todas sus tropas para ayudarle á destruir y echar fuera las guarniciones mexicanas. Envió Hernan Cortés un capitán con trescientos soldados castellanos y doce caballos, con un grueso de tropas tlaxcaltecas; pero viendo el capitán que acudia mucha gente de guerra de las señorías confederadas de Cholula y Huetcotzingo, entró en desconfianza, y temiendo alguna traicion hizo prender á los principales capitanes y los remitió á Tepeaca.

Sintió Cortés el ver presos sus más leales amigos que hasta entónces tenia; y averiguado el caso, no hallando en ellos culpa alguna, los mandó